

«En un automóvil de la Secretaría de Guerra y acompañado de mi hermano el ingeniero Luis de la Barra y del señor capitán Cueto, que llevaba bandera blanca, me trasladé a la Ciudadela.

«Se detuvo el automóvil hasta la calle de Dinamarca, desde donde continué a pie, entrando a la Ciudadela por la puerta Suroeste.

«Poco después de que el señor Cologan, ministro de España, salía de la Ciudadela, conferencié con los señores generales Díaz y Mondragón, durando la entrevista como una hora.

«En ella expuse las difíciles condiciones actuales del país, tan amargas para quienes aman a su Patria, y la proposición relativa al nombramiento de comisionados. Los señores generales Díaz y Mondragón, aun cuando tuvieron en cuenta el peligro internacional que les presenté, me ratificaron lo que habían dicho ya al señor ministro Cologan:—Que no podían concertar un armisticio, agregando que las negociaciones sólo podían iniciarse en forma, siempre que les sirviera de base la renuncia previa del señor Presidente Madero, del señor Vicepresidente y del Gabinete.

«Entonces, terminó el señor de la Barra, regresé a Palacio y conferencié con el señor Madero, quien estaba acompañado de algunos secretarios de Estado, y al hacerle presente el resultado de mi misión, me manifestó que por ningún motivo se hallaba dispuesto a dimitir.»

En la casa del señor ingeniero don Sebastián Camacho se había verificado una reunión, a la que asistieron invitados por el señor Juan C. Hernández, vicepresidente del Senado, los señores senadores Ricardo Guzmán, Jesús Flores Magón, Guillermo Obregón, Victor Manuel Castillo, Luis C. Curiel, Carlos Aguirre, licenciado Francisco León de la Barra, Sebastián Camacho, Juan C. Hernández, Emilio Rabasa, Rafael Pimentel y Tomás Macmanus. En esta reunión, a la que asistió el señor ministro de Relaciones, se discutió la situación, habiéndose acordado citar para el día siguiente a todos los senadores en el Salón Verde de la Cámara de Diputados, con objeto de discutir la conveniencia de pedir su renuncia al Presidente y Vicepresidente de la República y al Gabinete.

«En este día el Presidente Madero envió el siguiente cablegrama a Mr. Taft:

«Palacio Nacional, 14 de febrero de 1913.—Sr. W. H. Taft; Presidente de los Estados Unidos de América.—Washington.

«He sido informado que el Gobierno que Su Excelencia dignamente preside, ha dispuesto salgan rumbo a las costas de México buques de guerra con tropas de desembarque para venir a esta capital a dar garantías a los americanos. Indudablemente los informes que usted tiene y que le han movido a tomar tal determinación, son inexactos y exage-

rados, pues las vidas de los americanos en esta capital no corren ningún peligro si abandonan la zona de fuego y se concentran en determinados puntos de la ciudad o en los suburbios, en donde la tranquilidad es absoluta y en donde el Gobierno puede darles toda clase de garantías. Si usted dispone que así lo hagan los residentes americanos en esta capital según la práctica establecida en un mensaje anterior de usted, se evitaría todo daño a las vidas de los residentes americanos y extranjeros. En cuanto a los daños materiales de las propiedades, el Gobierno no vacila en aceptar todas las responsabilidades que le corresponden según Derecho Internacional. Ruego, pues, a su Excelencia ordene a sus buques no vayan a desembarcar tropas, pues esto causará una conflagración de consecuencias inconcebiblemente más bastas que las que se trata de remediar. Aseguro a Su Excelencia que el Gobierno está tomando todas las medidas a fin de que los rebeldes de la Ciudadela hagan el menor daño posible, y tengo esperanzas de que pronto quede todo arreglado. Es cierto que mi patria pasa en estos momentos por una prueba terrible, y el desembarque de fuerzas americanas no hará sino empeorar la situación, y por error lamentable, los Estados Unidos harían un mal terrible a una nación que siempre ha sido leal y amiga y contribuiría a dificultar en México el establecimiento de un Gobierno democrático semejante al de la gran nación americana. Hago un llamamiento a los sentimientos de equidad y justicia que han sido la norma de su Gobierno, y que indudablemente representa el sentimiento del gran pueblo americano, cuyos destinos ha regido con tanto acierto. —FRANCISCO I. MADERO.»

El cónsul americano en Mazatlán, por telegrafía inalámbrica de los buques de guerra americanos, recibe el siguiente marconigrama:

«Sesión del Senado americano duró toda la noche. Terminó a las dos de la mañana, acordándose la no intervención de los Estados Unidos en los asuntos de México.»

Sábado 15.—Se pide la Renuncia al Presidente

Hasta las 11 de la mañana estuvieron reunidos veinticinco senadores que nombraron una comisión, encabezada por los señores don Gumersindo Enriquez y don Guillermo Obregón, para que se acercara al Presidente de la República a exponerle que, en vista de la situación angustiosa de la capital y del amago de la intervención americana, él, el señor Vicepresidente y el Gabinete debían presentar sus renuncias. Los 25 senadores se dirigieron a Palacio, en donde fueron recibidos por don Ernesto Madero, Ministro de Hacienda, quien les manifestó que el Presidente no podía recibirlos porque había salido acompañado del general Huerta a la línea de fuego; el señor Madero no estaba dispuesto a renunciar y que lo de la intervención eran patrañas.

En vista de esta contestación, los senadores acordaron firmar una acta, manifestando a la nación los esfuerzos que habían hecho para remediar la situación y el resultado de sus gestiones. Este día continuó el bombardeo y el fuego de ametralladoras. La ciudad presentaba un aspecto fantástico con las fogatas de las calles, que se formaron para incinerar las basuras que se habían acumulado durante los últimos días. Hacia la media noche se escuchó por el rumbo de la Ciudadela, un terrible cañoneo que alarmó a la ciudad.

Domingo 16.—Armisticio

La ciudad se despierta con la nueva un tanto grata de que se había concertado un armisticio de 24 horas que empezaría a contarse desde las dos de la mañana para terminar a la misma hora del lunes siguiente. La gente comenzó a abandonar sus casas para proveerse de alimentos, y muchas familias que habían permanecido en la zona de peligro, emprendieron una rápida peregrinación hacia las colonias donde reinaba mayor seguridad. Entonces pudieron apreciarse los enormes destrozos causados durante los días de combate; cerca de las dos de la tarde, sin que mediara previo aviso, el fuego de los cañones y de la fusilería, sembró el espanto y el pánico por todos los rumbos de la ciudad.

¿Qué había pasado? algunas personas creyeron que había sido una estratagema del gobierno para apoderarse de algún punto débil de ataque a la Ciudadela; más, según datos verídicos, la ruptura del armisticio se debió a lo siguiente:

Habiendo tenido una junta en la Embajada Americana los miembros del Cuerpo Diplomático para discutir algunas de las cláusulas del armisticio, concertado con su intervención, parece que no se pusieron de acuerdo sobre si podría permitirse la introducción de víveres a los defensores de la Ciudadela, por lo cual acordaron dar por terminada la suspensión de hostilidades, lo que comunicaron a los beligerantes.

Este mismo día se inician algunas persecuciones contra los comprometidos en el movimiento felicista, y hasta el mismo licenciado de la Barra corre grave peligro, por lo que se ve obligado a refugiarse en la legación inglesa.

Lunes 17.—Contesta el Presidente Taft

El Jefe del Ejecutivo recibe el siguiente cablegrama de la Casa Blanca:

«Por el texto del mensaje de Vuestra Excelencia que recibí el día 14, se desprende que ha sido mal informado respecto a la política de los Estados Unidos hacia México, la que por dos años ha sido uniforme,

así como también respecto a las medidas navales o de cualquier otra índole que hasta aquí se han tomado, medidas que son de precaución natural, y ya el Embajador me telegrafió que cuando Vuestra Excelencia fué bastante bondadoso de mostrarle su telegrama dirigido a mí, le hice notar este hecho:

«En consecuencia, Vuestra Excelencia debe estar advertido de que los informes que parece le han llegado, relativos a que ya se han dado órdenes para desembarcar fuerzas, han sido inexactos. Sin embargo el embajador, que está plenamente informado, ha recibido de nuevo ins-



Los generales Mondragón, Huerta, Díaz y Blanquet

trucciones para proporcionar a Vuestra Excelencia las informaciones que desee.

«Juzgo innecesarias nuevas seguridades de amistad a México, después de dos años de pruebas de paciencia y buena voluntad.

«En consideración a la especial amistad y a las relaciones existentes entre ambos países, no puedo llamar lo bastante la atención de Vuestra Excelencia, sobre la vital importancia del pronto restablecimiento de esa paz real y orden que este Gobierno tanto ha esperado ver establecidos, ya porque los ciudadanos americanos y sus propiedades deben ser protegidos y respetados, cuanto porque esta nación simpatiza profundamente con las aflicciones del pueblo mexicano.

«Recíprocamente a la ansiedad manifiesta en el mensaje de Vuestra Excelencia, creo de mi deber añadir sinceramente y sin reserva, que el curso de los acontecimientos durante los 2 últimos años y que hoy culminan en una situación muy peligrosa, crea en este país un pesimismo extremo y la convicción de que el deber imperioso de estos momentos, está en aliviar pronto la actual situación.—WILLIAM H. TAFT.»

Martes 18.—La ciudad respira

Corren rumores, sin confirmar, de que se ha pactado un nuevo armisticio que termina a las 2 p. m. Sin embargo, a lo lejos se oye el mismo confuso e insistente cañoneo de los días anteriores, y de cuando en cuando la descarga de una ametralladora.

Pasan—cosa rara—hasta cinco minutos sin que ningún ruido de guerra atruene el espacio. Por las avenidas del Cinco de Mayo, San Francisco y calles inmediatas al Palacio Nacional, la gente circula como resuelta a romper el cerco en que ha estado encerrada durante estos diez días de tortura dantesca. Sin embargo, las calles vuelven a quedar desiertas cuando a las diez de la mañana empieza desde la Ciudadela un resuelto bombardeo sobre el Palacio Nacional.

De 10 a 11 a. m. en los lugares inmediatos a la residencia del Ejecutivo, caen cerca de cuarenta granadas, y desde esta hora hasta las 2 de la tarde el fuego de la fusilería y de los cañones se hace cada vez más débil; llegan a transcurrir intervalos hasta de 30 minutos entre los disparos.

A las 3 p. m., un automóvil que llega a la Alameda de Santa María esparce rápidamente esta nueva que se propaga como incendio: «Madero está preso.»

Muchos son los incrédulos a pesar de que en su rostro se trasparencia una íntima alegría, pues a lo lejos, por el rumbo de la colonia de La Teja, no dejan de sonar el cañón y la fusilería. Pasan las horas, y la noticia con los nuevos mensajes que llegan del Palacio Nacional, quedó plenamente confirmada. ¿Qué había pasado?

Se dice que desde la llegada del general Blanquet, había entrado este militar en arreglos con el general Huerta para poner fin a la angustiosa situación de la República. La actitud reservada del jefe del 29º batallón, que desde su arribo a la Tlaxpana se mantenía a la expectativa; palabras vagas que se le llegaron a escapar en conversación con algunas personas, sobre que él creía que la situación se iba a resolver pronto; la defección de parte del 29º batallón la tarde del lunes, todo denunciaba que el general Blanquet preparaba alguna sorpresa. . . . La noche del mismo día parece que éste general tuvo una conferencia con el general Huerta, y entonces quedó organizado el complot para derrocar al gobierno de Madero. Cerca de las 2 de la tarde, se encontraban reunidos en los salones de la presidencia el Presidente de la República, acompañado del Vicepresidente Pino Suárez y de los ministros. El general Blanquet, acompañado del teniente coronel Jiménez Riveroll, del mayor Izquierdo y de otros militares, entró al salón del Palacio en donde se encontraban reunidos estos señores, para manifestar al Presidente que debía renunciar; que el ejército no quería luchar más contra

sus hermanos; que la situación pedía un cambio inmediato para su paz y tranquilidad. El Presidente contestó que no consentía en renunciar; pero que sí podría conseguir que lo hicieran el Vicepresidente de la República y el Gabinete.

Muchas son las versiones que corrieron sobre este incidente trágico.

Se dice que el Presidente, indignadísimo, hizo fuego contra el teniente coronel Jiménez Riveroll, quien cayó muerto; que el mayor Izquierdo resultó herido por otro disparo del Presidente; que se desarrolló una escena espantosa en la que quedó muerto, además, el hermano del ministro de Fomento, y que entonces el general Blanquet se arrojó sobre el Presidente y tomándolo del brazo derecho, lo desarmó diciéndole: «Es usted mi prisionero.»

También, sin que se haya llegado a confirmar, fué muy socorrida la versión de que después de que el Presidente había matado al teniente coronel Jiménez Riveroll, el general Blanquet, en los momentos de ir a disparar sobre el señor Madero, fué detenido por el general Huerta, quien le dijo: «No mate usted a este hombre, para que responda ante el país del saqueo que ha autorizado en los últimos días en las cajas de la Nación.»

Mientras estas escenas se desarrollaron en el Palacio Nacional, el general Huerta llegaba al restaurant «Gambrinus,» en donde don Gustavo Madero celebraba con un banquete íntimo el ascenso del Presidente de la Cámara coronel Romero a general brigadier, en compañía de los generales Delgado y Sanginés y de don Juan B. Delgado. El general Huerta detuvo a don Gustavo a la 1.50 de la tarde y en unión de sus acompañantes lo dejó bien custodiado en una dependencia del edificio. Verificadas estas aprehensiones, el general Huerta asumió el mando supremo de la República, haciendo publicar el siguiente manifiesto:

«En vista de las circunstancias difícilísimas porque atraviesa la Nación, y muy particularmente en estos últimos días la capital de la República, la que por obra del deficiente Gobierno del señor Madero bien se puede calificar su situación casi de anarquía, he asumido el Poder Ejecutivo, y en espera de que las Cámaras de la Unión se reúnan desde luego para determinar sobre esta situación política actual, tengo detenidos en el Palacio Nacional al señor Francisco Madero y su Gabinete, para que, una vez resuelto ese punto y tratando de conciliar los ánimos en los presentes momentos históricos, trabajemos todos en favor de la paz, que para la Nación entera es asunto de vida o muerte.

«Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo a 18 de febrero de 1913.—«El General Comandante Militar Encargado del Poder Ejecutivo.—V. HUERTA.»

Acto continuo, dirigía una comunicación a la Embajada americana, en la que manifestaba que había asumido el mando; que esperaba que su conducta se interpretara como una manifestación de alto patriotismo; que no tenía otro objeto que restaurar la paz en la República, pidiendo al mismo tiempo que se comunicara lo anterior al Presidente de los Estados Unidos, al Cuerpo Diplomático y a los rebeldes que se encontraban en la Ciudadela. El Embajador contestó dos notas: una como representante del Cuerpo Diplomático y otra como Embajador de los Estados Unidos, dándose en ambas por enterado del resultado de los sucesos y ofreciendo la facilidad que estuviera de su parte al general Huerta para que la República volviera a encarrilarse por el sendero del orden.

El Presidente y el Vicepresidente de la República, quedaron con centinelas de vista en uno de los departamentos bajos del Palacio Nacional. Los señores ministros Lascuráin y Hernández fueron puestos en libertad bajo su palabra de honor. Los señores ministros de Hacienda y Gurza lograron escaparse, y los ministros de la Guerra y Fomento quedaron detenidos en otro departamento del mismo edificio.

El nuevo jefe del Ejecutivo se dirigió, además, a los gobernadores de los Estados y al Congreso, pidiendo que se reuniera éste para discutir la situación actual. Poco más tarde tuvo una conferencia con el brigadier Félix Díaz en la Ciudadela, como resultado de la cual resolvieron unirse en un sentimiento de fraternidad para lograr la salvación de la Patria.

Poco después de las cinco de la tarde, las campanas de la torre de Catedral anunciaron el cambio de gobierno. Como brotados de la tierra aparecieron por todos los rumbos de la ciudad millares de habitantes que se dirigieron hacia el centro de la capital. Las calles presentaban ese típico aspecto de las fiestas del 15 de Septiembre o del sábado de gloria: unos a otros se abrazaban, deseábanse felicidades; la ciudad entera respiraba como un enorme pulmón después de una pesada asfixia.

Se repitieron los entusiasmos desbordantes del pueblo con la misma intensidad que cuando se anunciara en mayo de 1911 la renuncia del señor general Díaz y, en el colmo de la excitación, frente al restaurant «Gambrinus», defendido por piquetes de rurales, una enorme masa del pueblo pedía a gritos la muerte de don Gustavo Madero.

Cuando llegó la noche, vióse hacia el Sur una inmensa hoguera que

parecía iba abrasar a la ciudad. Una parte de la plebe había incendiado las oficinas y talleres del periódico maderista «La Nueva Era.»

Miércoles 19.—Dos fusilamientos y la nueva legalidad

La ciudad se despertó con la noticia sensacional de los fusilamientos de don Gustavo Madero, hermano del expresidente de la República, y de don Adolfo Bassó, ex-intendente de Palacio, de quien se dijo había sido el que ordenó el fuego que causó la muerte del general Bernardo Reyes. La muerte de don Gustavo ocurrió a las dos de la mañana al ser trasladado desde Palacio a la Ciudadela. Corre la versión de que pretendió huir al llegar a la fortaleza, por lo cual uno de los oficiales disparó un tiro que derribó por tierra a don Gustavo, siendo después acribillado a balazos por el resto de la escolta. El señor Bassó suplicó que no se le fusilara en la sombra, eligiendo personalmente un sitio que se encontraba alumbrado por la luna y pidiendo a los que lo ejecutaron que testimoniaran que había muerto como un valiente.

La ciudad sigue de fiesta. Parece que las calles céntricas y los sitios donde ocurrieron tantos sucesos trágicos, son insuficientes para contener a la multitud que quiere ver por todo el tiempo que ha dejado de hacerlo. Con grandes dificultades logra reunirse la Cámara de Diputados, que en la tarde de ese día nombra una comisión para que se apersona con los señores Madero y Pino Suárez y logre convencerlos de que presenten sus renunciaciones. La Cámara se declara en sesión permanente. A las ocho y tres cuartos de la noche regresan los comisionados, acompañados del ministro de Relaciones licenciado Lascuráin, que es el portador de las renunciaciones concebidas en los siguientes términos:

«Ciudadanos secretarios de la honorable Cámara de Diputados:—En vista de los acontecimientos que se han desarrollado de ayer acá en la Nación, y para mayor tranquilidad de ella, hacemos formal renuncia de nuestros cargos de Presidente y Vicepresidente, respectivamente, para los que fuimos elegidos.—Protestamos lo necesario.

México, 19 de febrero de 1913.—FRANCISCO I. MADERO.
—JOSÉ M. PINO SUÁREZ.»

Las comisiones presentaron un dictámen, admitiéndose la renuncia de dichos funcionarios. Al discutirse en lo particular, fué admitida la renuncia del señor Madero por 123 votos contra los de los diputados Alarcón, Pérez, Rojas, Escudero, Hurtado Espinosa, Méndez y Navarro Luis. La renuncia del Vicepresidente Pino Suárez fué aprobada por 129 votos contra 8. Fué declarado Presidente interino de la República

el licenciado Lascuráin. Se levantó la sesión de la Cámara y se abrió el Congreso. Protestó el licenciado Lascuráin. Se clausuró el Congreso. Se abrió de nuevo la sesión de la Cámara; se leyó una comunicación del Subsecretario de Comunicaciones en que manifestó que el Presidente interino había nombrado ministro de Gobernación al general Victoriano Huerta. Media hora después, el licenciado Lascuráin presentó su renuncia de Presidente interino. Se aceptó, y, conforme a la Constitución, se nombró presidente al general Huerta por unanimidad de 122 votos. Se abrieron al público las puertas de la Cámara. Se clausuró la sesión permanente y, ante el Congreso General, rindió protesta como Presidente interino de la República Mexicana, el señor general Victoriano Huerta.

Se hizo público el acuerdo habido el día anterior entre los generales Díaz y Huerta, según el cual se da por inexistente y desconocido el Poder Ejecutivo que funcionaba. Se acordó el nombramiento del siguiente Gabinete: Relaciones, Licenciado Francisco León de la Barra; Hacienda, licenciado Toribio Esquivel Obregón; Guerra, general Manuel Mondragón; Fomento, ingeniero Alberto Robles Gil; Gobernación, ingeniero Alberto García Granados; Justicia, licenciado Rodolfo Reyes; Instrucción Pública, Lic. Jorge Vera Estañol; Comunicaciones, ingeniero David de la Fuente. Se anunció, además la creación de un nuevo ministerio que se denominaría de Agricultura; de cuya cartera se encargaría el licenciado Manuel Garza Aldape. En la cláusula 4^a, el general Félix Díaz declinó el ofrecimiento de formar parte en el Gabinete provisional, para quedar en libertad de defender su candidatura, de acuerdo con los compromisos que tiene contraídos para con su partido, en la próxima elección.

Jueves 20.—Desfile de las fuerzas de la Ciudadela

Desde el medio día los balcones de las avenidas céntricas se engalanan porque en la tarde se verificará el desfile de los defensores de la Ciudadela. A las cinco de la tarde se pone en marcha la columna, en la que figuran los generales Díaz y Mondragón, la Escuela Militar de Aspirantes, el primer regimiento de caballería, el 20 batallón y la gendarmería montada. La gente aplaude y arroja confetti, flores y serpentinas, presentándose ante el Presidente interino los señores Díaz y Mondragón.

Se asegura que el general Huerta dijo al saludar efusivamente al brigadier Díaz: «Querido hermano: quiera Dios que la lucha fratricida que acaba de terminar, sea para bien y prosperidad de la Patria, y que en el menor tiempo posible la paz sea un hecho, a fin de que la Nación mexicana pueda figurar al lado de las más civilizadas.»

RESEÑA HISTORICA

DEL LIC. FEDERICO GONZALEZ GARZA

El señor licenciado don Federico González Garza, partidario leal de don Francisco I. Madero en la campaña antirreeleccionista, en la revolución armada de 1910 y como gobernador del Distrito Federal en los últimos meses de aquel gobierno, escribió una reseña histórica de los momentos en que los señores Madero y Pino Suárez fueron aprehendidos y despojados de sus respectivas investiduras.

La voz del señor licenciado González Garza es autorizada en cuanto se refiere a la verdad de los hechos, por haberlos presenciado y por haber sido protagonista importante de la mayor parte de ellos.

He aquí su narración, escrita algunas semanas después de los acontecimientos, al principio de la revolución contitucionalista:

Un consejo de Ministros

«Era la una y media de la tarde del día 18 de febrero; el señor presidente acababa de obtener una victoria moral sobre un grupo de senadores que había ido a manifestarle la conveniencia de que, faltaría a su deber, entregando las riendas del gobierno a sus enemigos.

«En esos momentos se hallaba en un saloncito contiguo al gran Salón de Acuerdos de la Presidencia, acompañado de sus ministros Pino Suárez, Lascuráin, Hernández, Vázquez Tagle, Bonilla y Ernesto Madero. Estaban ausentes los ministros de la Peña y Gurza. Se hallaban también uno o dos de sus ayudantes de su estado mayor y yo.

Noticia urgente

«Se trataba sobre la necesidad de aumentar la cantidad que se había destinado para proporcionar alimentos a la clase pobre mientras durase la lucha en la capital, cuando intempestivamente penetró en la pequeña estancia el coronel Jiménez Riveroll haciéndose acompañar en seguida por el señor presidente a un pasillo, donde le comunicó como una cosa urgentísima y de parte de Huerta, que se acababa de recibir la noticia de que el general Rivera, que se acercaba a la capital, procedente de Oaxaca, venía rebelado y dispuesto a unirse a los alzados de la Ciudadela, y que para colocar al presidente en un lugar enteramente segu-